FUNDAMENTACIÓN TRASCENDENTAL DE LA VERDAD A LA LUZ DE LAS CIENCIAS MODERNAS *

Más de ocho años de sincera amistad me unen con don José Ignacio DE ALCORTA Y ECHEVARRÍA. Por tanto, se entenderá mi alegría al recibir la invitación para colaborar en la Miscelánea que se edita con ocasión de su vigésimo quinto aniversario como catedrático. Sin embargo, no es fácil esta tarea, porque la participación en tal homenaje debe contestar, brevemente y en escorzo, a la inmensa riqueza y envergadura de las obras de ALCORTA que abarca no sólo la ética y la sociología, sino que reúne todos los ramos de la filosofía, sobre todo la alta metafísica.

Como en un trabajo anterior ya tuve el honor de entrar en contacto con la sociología de ALCORTA[1], esta vez he elegido un tema que está en íntima relación con su obra: El ser. Pensar trascendental. El enfoque se da a través de una filosofía de las ciencias para revelar su estrecha conexión con el término trascendental de la verdad. El problema llevará al fin a algunos aspectos existenciales, éticos y humanos, de los que tan profundamente se preocupa el doctor ALCORTA.

Consideramos las ciencias como una participación en el acercamiento hacia la verdad. Pero antes de entender esta tesis se levanta la pregunta: ¿Qué es la verdad? Para poder partir de una base lo más amplia posible, buscamos una noción que pueda comprender cualquier hombre del *common sense*. Esta noción común de la verdad se expresa, por ejemplo, en el estribillo de la canción asturiana: "Eso es verdad, porque lo he visto yo". Podemos transcribirlo así: Verdad es lo que se ve, lo que se percibe con toda claridad; verdad es lo que se recuerda, se piensa, se conoce, se sabe con toda seguridad. Ésta no es una definición, sino la descripción de una vivencia evidente: el estar convencido por entender con claridad, con certeza.

Desde luego, puede objetarse que este primer acceso a la esencia de la verdad es una noción muy vaga y poco acentuada: ¡Cuántas veces la convicción de haber visto y saber algo con certeza ha engañado al hombre, y no fue verdad lo que creía. Pero precisamente aquí, en el seno de la duda, conseguimos una *evidencia objetiva*: porque cada duda, cada equivocación, cada error presupone *la existencia de la verdad*. No podría decir: "Me he equivocado"; no podría corregirme, si no supiera con absoluta claridad que la verdad existe. Respecto a la verdad, se puede aplicar la fórmula que Jean-Paul SARTRE -falsamente- dice del hombre, a saber, que su existencia precede a

---

* Publicado en *Philosophia. Homenaje al Dr. José Ignacio de Alcorta*, Barcelona 1971, 609-617.

[1] Wolfgang STROBL: "*Los principios de personidad y de analogía como fundamentos ontológicos de lo social*". (Comunicación a la VI Semana Española de Filosofía, 1961.) En: *Revista de Filosofía*, 81-82 (Madrid, 1962) 232 y 235.

su esencia. Aunque no tengamos más que una noción muy poco precisa de la esencia, de lo que es la verdad, sabemos con absoluta certeza y con evidencia objetiva que la verdad existe. Quien negase la existencia de la verdad negaría su propia negación, lo que lógicamente equivale a decir: existe la verdad. Esta argumentación fue conocida ya por los antiguos sofistas y escépticos; y nunca en toda la historia del pensamiento humano fue negada la existencia de la verdad. Había filósofos -sobre todo entrre los hindúes- que negaron el ser de un mundo real; pero esta misma negación presupone la existencia de la verdad.

Si no es posible definir la esencia de la verdad, podemos alcanzar, par lo menos, algunos "caracteres" de la verdad, algunas "señales", en el mismo sentido como PARMÉNIDES habló de las señales del ente: "sémata toû eóntos"[2].

Hasta ahora, he encontrado siete caracteres de la verdad, los cuales pueden deducirse de su esencia inteligible como lo visto, lo entendido, lo sabido con toda claridad. Es fácil ver que sólo puede haber verdad donde existe la visión, la percepción, el conocimiento, la memoria y, por tanto, una persona intelectual y espiritual capaz de conocer y recordar. Mucho más difícil es una interpretación de lo añadido: *ver con toda claridad*. La correspondencia filosófica de la "claridad" es la *evidencia* -la primera señal es la verdad: La verdad debe convencer por sí misma; la verdad debe lucir en su propia luz. El segundo carácter es la *unidad*: La verdad es esencialmente una. No es posible la doctrina de una "doble verdad". Puede haber varios aspectos o "perspectivas" (ORTEGA Y GASSET) de una y la misma cosa; pero su verdad esencial sólo puede ser una. En íntima relación con el término trascendental de la unidad está la *totalidad* o, mejor dicho, la *integridad* de la verdad: "La verdad es el todo", ha dicho con razón HEGEL. En cuarto lugar, hay que destacar el carácter *absoluto* de la verdad: Toda relatividad y relacionalidad exige algo absoluto, y la verdad es lo absoluto. La quinta índole es la *inmaterialidad* o, mejor expresado de modo positivo, la *espiritualidad* de la verdad. Esto se entiende fácilmente respecto a la verdad matemática o la verdad moral. Pero vale también para cualquier otra verdad: Si veo a una persona, este encuentro real, precisamente por ser verdad, se convierte en algo espiritual y queda así para siempre en la memoria. Con esto se anuncian ya la sexta y la séptima características de la verdad: Son la *trans-espacialidad* y la *trans-temporalidad* o, dicho con otras palabras, su *ubicuidad u omnipresencia* y, asimismo, su *eternidad*. Así, la verdad vence y supera espacio y tiempo, el ser temporal y el mundo. No conozco mejor expresión de la victoria de la verdad que la famosa exclamación de san AGUSTÍN: "Erit igitur veritas, etiamsi mundus intereat". "Habrá verdad aun después del ocaso del mundo" (*Soliloquia*, II, 2).

---

[2] DIELS-KRANZ, 28 B 8, 2; vol. I, pág. 235

Los siete caracteres inteligibles de la verdad enseñan que el hombre con su mundo -el "*antropo-cosmos*"- no es capaz de fundamentar ontológicamente el ser de la verdad. Podemos intuir o idear intelectivamente la unidad e integridad, el carácter absoluto, la espiritualidad, la omnipresencia y eternidad, pero en nuestra finitud, corporeidad y temporalidad no somos capaces de fundarlas ónticamente.

Los hombres no tenemos el conocimiento absolutamente evidente que abarca todo en su única y eterna verdad. La razón y la causa de este hecho insoslayable hay que buscarla no sólo en la superficialidad de nuestro entender, sino que estriba principalmente en la índole del conocimiento humano que por su esencia es pasivo, receptivo y discursivo. (Dejo aparte aquí una discusión del "noûs poietikós", del "intellectus agens"; pero en su principio la inteligencia humana es pasiva, "medida por las cosas".) Por esta misma razón, el entendimiento humano nunca podrá agotar toda la realidad, porque nunca sabrá si no hay algo que queda fuera de su alcance. Recordemos un solo ejemplo de la investigación científica: Si la microfísica hoy habla de más de cien clases de partículas elementales, ningún hombre puede saber si algún día serán dos o trescientos tipos diferentes de partículas, o si, al revés, la multiplicidad podrá reducirse a un solo "ápeiron". Tales meditaciones nos llevan a la pregunta: ¿Es posible una visión que abarque con toda evidencia todo lo que existe, existía y existirá jamás, en su total y absoluta verdad?

La contestación nos la ha dado ya hace casi mil seiscientos años san AGUSTÍN con su genial concepción de la "Visión creadora" de Dios. Al fin de sus *Confesiones* dice: "Nosotros, pues, vemos estas cosas, que has hecho, porque son; mas tú, porque las ves, son"[3]. En *De Trinitate* escribe: "Todas sus criaturas, espirituales y corporales, existen porque Él las conoce; no porque existen las conoce"[4]. Lo mismo expresa en *De civitate Dei*: "Este mundo no podría ser conocido por nosotros si no existiera; mas, si no hubiese sido conocido por Dios, no podría existir."[5] Para el obispo de Hipona, como para sus seguidores y para todos los pensadores de la verdad ontológica en la *Visión creadora* -sobre todo para Juan SCOTO ERIÚGENA, san ANSELMO DE CANTERBURY, santo TOMÁS DE AQUINO, maestro ECKHART NICOLÁS DE CUSA -, esta primera fundamentación óntica de la verdad fue tan evidente que nunca buscaban una demostración del principio de toda posible evidenciación. Pero la situación ha cambiado; y ya no entendemos sin más el principio de toda la verdad. Por supuesto, por tratarse de un principio trascendental, no es posible una demostración, pero sí un acceso.

---

[3] "Nos itaque ista quae fecisti videmus, quia sunt. Tu autem quia vides ea, sunt.» (Edición bilingüe, B. A. C., II, 716-719.)

[4] Universas autem creaturas suas, et spirituales et corporales, non quia sunt ideo novit, sed ideo sunt quia novit." (De trin., XV, 13; B. A. C., V, 882-883.)

[5] "Iste mundus nobis notus esse non posset, nisi esset; Deo autem nisi notus esset, esse non posset." (XI, 10; B. A. C., XVI-XVII, 734.)

La fórmula clave puede ser un párrafo tomado del segundo articulo de la primera cuestión *De veritate* de santo TOMÁS. Dice así: "Las cosas naturales, de las cuales nuestro entendimiento recibe la ciencia, miden a nuestro entendimiento...; pero, a su vez, son medidas por el entendimiento divino"[6]. Ya acabamos de decir que un entendimiento pasivo y receptivo -"medido por las cosas"- nunca puede fundamentar la verdad. Las cosas sin medida, tampoco, y menos todavía. Entonces el acceso a la verdad no es demasiado difícil: Si existe, y únicamente si existe una *Visión activa y creadora* -"entitativa", usando la terminología del cardenal NICOLÁS DE CUSA[7]-, entonces y sólo entonces puede establecerse la verdad, porque el Creador de todo sabe con evidencia absoluta que nada queda fuera de su omnisciencia, que a la vez es creación continua de todo.

Podemos llamar el pensamiento que acabamos de esbozar una atribución a la *metafísica trascendental*[8], porque busca la condición necesaria y a priori no sólo de nuestro pensar y su razón -como en la crítica trascendental de KANT-, sino de nuestro pensar y la razón de la *verdad de la realidad*. El movimiento de este modo de pensar es claro: Parte de una existencia evidente -la existencia de la verdad- y a través de un análisis sistemático de su esencia, llega a la conclusión de que la verdad sólo puede ser fundada en la Visión creadora de un Espíritu omnisciente. De lo contrario, inexorablemente caeríamos en la consecuencia de que la verdad no existe, y se acabó el sentido de todo pensamiento científico. La argumentación no contiene ninguna "petitio principii" u otra falta lógica, porque no presupone más que la existencia de la verdad que nadie puede negar. El descubrimiento de la Visión creadora viene después, a través de un análisis estructural de la esencia de la verdad. Ésta consiste, pues, en la Visión creadora de todo. Para que pueda existir una verdad ontológica de todas las cosas -las que hay y las que jamás ha habido o habrá- es necesaria la existencia de una persona que conoce todo con absoluta evidencia objetiva[9]. (Aquí se anuncia la íntima compenetración e interdependencia de los trascendentales: la verdad se vincula con la

---

[6] "Res naturales, ex quibus intellectus noster scientiam accipit, mensurant intellectum nostrum,.., sed sunt mensuratae ab intellectu divino." (Traducción y comentarios de Jesús GARCÍA LÓPEZ: *Doctrina de santo Tomás sobre la verdad*, Pamplona, 1967, pág. 168, líneas 6-9.)

[7] "Divina mens est vis entitativa, nostra mens est vis assimilativa." De mente: III, 7; París, 1514, fol. 86 v; Basel, 1565, pág. 158. Cfr. Wolfgang STROBL: *El pensamiento de Nicolás de Cusa y las ciencias contemporáneas*, en la obra Nicolás de Cusa, editada por la Asociación Española de Filosofía Medieval, C. S. I. C., Madrid, 1967, pp. 99-119

[8] ALCORTA define: "El pensar trascendental es metafísico porque es en sí mismo y directamente trascendente, y sin él y su valor no podría constituirse la Metafísica. El pensar trascendental es el pensar del ser y de los trascendentales directamente sostenidos en él y de los primeros principios que son las leyes esenciales del ser". José Ignacio DE ALCORTA: *El ser. Pensar trascendental*. Ed. Fax, Madrid, 1961, p. 81, arriba ("Pensar metafísico"). Cfr., sobre todo, cap. VI: "El ser v la posibilidad de la Metafísica" (pp. 131-159), "La esencia de la verdad y el ideal¡~" y "La existencia de la verdad" (pp. 233-237).

[9] Exposición más detallada y documentada en Wolfgang STROBL: *La realidad científica y su crítica filosófica*. Ed. Universidad de Navarra, Pamplona, 1986, cap. 5, 15: "Tareas perennes: hacia la Verdad ontológica a través de una Metafísica trascendental' (pp. 360-385). Cfr. también Wolfgang STROBL: Introducción a la Filosofía de las Ciencias. Ed. revista "Estudios", Madrid, 1963, cap. 10: "La trascendencia de una filosofía de las ciencias y la verdad ontológica de santo Tomás" (pp. 203-224)

personalidad, la relación, la unidad y la totalidad o integridad, que abarca todo y no deja fuera nada[10]. El resultado de nuestro análisis trascendental es, pues, el siguiente: El mundo -y todas las cosas y todos los seres que viven en él- es esencial y necesariamente un mundo visto, percibido, conocido y sabido, hasta sus íntimas entrañas y en su totalidad y unidad y, por tanto, existe una y solamente una verdad de todo[11]. El saber y reconocimiento de esta verdad pertenece tanto a la metafísica trascendental de la *philosophia perennis*[12] como al pensamiento trascendental de la edad moderna (DES-CARTES, LEIBNIZ, KANT, FICHTE, HUSSERL).

A la luz de las ciencias modernas -del siglo XX- la necesidad de una fundamentación trascendental de la verdad aparece con el problema de la no-objetivabilidad de la realidad científica. La expresión "*no-objetivabilidad*" (en alemán: *Nicht-Objektivierbarkeit*) es algo equívoca[13]: Por supuesto, no quiere decir que los objetos científicos -por ejemplo, clases de partículas elementales- no sean objetos, sino, por el contrario, que son esencial y necesariamente objetos, esto es, *objetos de un sujeto*, y que no son objetivables, no pueden ser objetivadas como *cosas existentes* en sí, es decir, independientes de su ser observadas y conocidas.

En resumen: El mundo de las ciencias -lo llamaremos el *logocosmos*, porque fue el logos, la razón, los que lo descubrieron- es también en su íntima esencia un mundo *observado* (desde luego, sólo de modo indirecto: "observable"[14] en la física cuántica tiene otro sentido que en la vida diaria), conocido y sabido como el antropocosmos, con todas las cualidades que percibimos, v las que no podemos pensar sin una conciencia, una persona capaz de percibir.

Existe una íntima compenetración, interdependencia y correlación[15] –incluso me atrevería a decir: una relación trascendental, por trascender todos los géneros y predicamentos– entre el logo-cosmos de las ciencias y el antropo-cosmos cualitativamente percibido: se "completan" y "complementan"[16] mutuamente, es decir: el

---

[10] El mismo acceso hacia una fundamentación trascendental de la filosofía práctica, de la ética, se intenta iniciar en el artículo "La conciencia moral, ¿es algo absoluto?", en *La Ciudad de Dios*. Homenaje a Michael SCHMAUS 1963, pp. 778-784

[11] No podemos ni debemos entrar aquí en los problemas más arduos que ofrece la aparente --sólo aparente- discrepancia entre la "Visión creadora" y "Creación continua" por una parte, y la libertad humana y el terrible misterio del mal moral, del pecado, por otra, en la Teodicea. Porque donde la Filosofía ha de callarse empieza la Teología de la Cruz

[12] La metafísica trascendental se remonta, sin duda, al pensamiento agustiniano. (Véase Wolfgang STROBL: *El descubrimiento de la visión creadora en san Agustín*. Homenaje al P. Victorino CAPÁNAGA "AUGUSTINUS" (1968), pp. 409-421. Jesús GARCÍA LÓPEZ, *Doctrina de santo Tomás sobre la verdad*. Ed. Universidad de Navarra, Pamplona, 1967, 241 páginas.)

[13] Cfr. Wolfgang STROBL: "Adaptación del idioma a la realidad experimentada", en: Actas de la VII *Reunión de Aproximación científico-filosófica*, Instituto "Fernando el Católico", C. S. I. C., Zaragoza, 1968

[14] Cfr. Xavier ZUBIRI *Naturaleza, historia, Dios*, cap. III: *La idea de Naturaleza: Nueva física*. Editora Nacional, Madrid, 1959, pp. 257-278; 5.a ed., Madrid. 1963, pp. 277-304

[15] Pienso aquí en el gran pensador español de la "correlación", el centenario de cuyo nacimiento irá a celebrarse en el próximo año (1969): don Ángel AMOR RUIBAL y en su mejor discípulo, el R. P. José María DELGADO VARELA O. de M

[16] Cfr. Wolfgang STROBL "El principio de complementariedad y su significación científico-filosófica", en *Anuario filosófico* de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1968, pp. 183-203.

uno no podría existir sin el otro. Sir Arthur STANLEY EDDINGTON lo describe con mucho humor en las primeras páginas de su obra *La naturaleza del mundo físico*[17] al hablar de sus "dos escritorios": El uno es la mesa de madera sobre la cual escribe; el otro es un montón o enjambre de partículas elementales, de átomos y de moléculas con muchísimo vacío -mejor dicho, con mucho "campo electromagnético"- entre ellos. Si ampliamos el núcleo de un átomo diez billones (= diez millones de millones o, en cifras, 10 000 000 000 000) de veces, esto es, al diámetro de un centímetro, entonces los electrones de la capa exterior del átomo se encontrarían a la distancia de un kilómetro. En este aspecto científico de la microfísica, la mesa de sólida madera ha desaparecido. Nos preguntamos, pues: ¿Cuál de los dos aspectos es el verdadero: la mesa de madera castaña o el enjambre de átomos?

Para la doctrina del realismo físico o materialismo es una pregunta difícil de contestar, porque prescindiendo de las correlaciones sujeto-objeto, del "antropo-cosmos" y del "logo-cosmos", que es su abstracción estructural, es exigencia del principio de la no-contradicción que solamente uno de las dos aspectos puede ser verdad, y el principio del "tertio excluso" ("tercero excluido") requiere que uno de los dos aspectos contradictorios (a saber: continuo-discontinuo; propiedades cualitativas-exclusión de las cualidades) *debe ser verdad*. El realismo físico o materialismo ha optado por el montón de átomos -el aspecto científico- y descarta la mesa de madera -el aspecto cualitativo-fenoménico de la vida diaria, del mundo en que vivimos y nos movemos como una pura añadidura subjetiva. En esa doctrina, el mundo se divide y separa en dos partes: una objetiva, compuesta de los resultados científicos --por fin, "un haz de fórmulas matemáticas" (James JEANS)- y otra subjetiva, una mera proyección y protuberancia de nuestra con-ciencia. Lo fatal es que esta segunda parte subjetiva de la realidad, dotada de las cualidades llamadas "secundarias" del mundo que percibimos y en el que vivimos, es la base de la investigación científica y, por tanto, también de las cualidades llamadas pre-suntuosamente primarias y objetivas. Porque cada medida científica sale, por supuesto y naturalmente, de observaciones en el mundo percibido cualitativamente.

No hay que extrañarse, pues, si otra corriente doctrinal -me refiero al positivismo y empirio-criticismo- ha adoptado la posición totalmente opuesta y contraria en el dilema de la verdad de la realidad, y opina que el aspecto fenoménico, los "sense-data", los datos sensoriales, formen el mundo objetivo, mientras que el aspecto científico viene a subjeti-varse, como puras "convenciones", según el criterio de la "economía del pensamiento".

---

[17] A. S. EDDINGTON *La naturaleza del mundo físico.* Buenos Aires, 1952. 18 J. JEANS: Physics and Philosophy. Cambridge, 1944, p. 313

A la nueva luz de las ciencias del siglo XX, cuya característica más noble es su modestia, que ya no pretende tener arrendada la única verdad, ni el aspecto científico ni el aspecto cualitativo del mundo son objetivables como "cosas en sí", sino tan sólo existen en relación a un sujeto que los percibe y conoce. En esta correlación inseparable entre sujeto y objeto del conocimiento -por supuesto, últimamente con vistas a la "Visión creadora" de la "philosophia perennis"-, ya no hay dificultad alguna para decir que los dos aspectos del mundo son igualmente verdad, porque se refieren esencial v necesariamente a un sujeto cognoscente que une y unifica en su visión total el aspecto "logo-cosmos" y el aspecto "antropo-cosmos», que se apoyan y complementan mutuamente y constituyen así la verdad integral y unitaria de la realidad.

Se entenderá ahora la tesis planteada al principio. Hemos dicho que las ciencias participan en el acercamiento hacia la verdad, pero no pueden confiscar para sí la verdad en su totalidad. Las ciencias aportan una parte muy trascendente y noble al esfuerzo humano por acercarse a la verdad, porque el tema central de las ciencias es el *orden en el mundo*; pero el orden es una parte -la parte *estructural*- de la realidad, pero no la realidad en su plenitud e integridad.

Precisamente lo que es lo más precioso y valioso en la realidad no entra en el alcance de las ciencias. ¿No es verdad que la quinta o la novena sinfonías de Ludwig VAN BEETHOVEN son creaciones casi divinas? Pero en el análisis científico no entra nada de su encanto sobrehumano, sino que la música se disuelve en oscilaciones de ondas longitudinales en el aire, de la misma índole que las que corresponden al ruido de un camión o a la sirena de una fábrica. ¿No es verdad que la puesta de sol en la meseta castellana a veces suscita una sinfonía de colores radiantes? Pero la ciencia física no sabe nada de colores; tan sólo conoce las leyes físicas de la propagación de la luz como oscilaciones de ondas transversales en los campos electromagnéticos.

Sin la verdad, las ciencias pueden degenerar hasta las crueldades de experimentos de vivisección en hombres inocentes, hasta la atrocidad de la "aniquilación de vidas no dignas de vivir", por el mero motivo de ser débiles, enfermas o viejas y, por tanto, no más "útiles para la sociedad". Sin la verdad, quizás las ciencias puedan funcionar algún tiempo como máquinas puestas en marcha. Ni siquiera lo creo porque siempre el ansia de la verdad fue el mayor y mejor impulso de la investigación científica. Tenemos muchos testimonios de esta verdad, desde Joannes Kepler hasta Max Planck, Werner Heisenberg y Carl Friedrich von Weizsäcker. El trabajo científico no es una mera profesión para ganar dinero, sino una verdadera vocación al servicio de la verdad y, por tanto, del hombre. Sin la búsqueda por la verdad, la ciencia no tiene sentido. Pero siguiendo el camino de la verdad, las ciencias se unen con la filosofía, cuyo último fin es dar sentido a la vida humana.